

PRESENTACIÓN:  
**GUERRA Y GÉNERO,  
MUNDO MILITAR Y SOCIEDAD:**  
experiencia bélica, guerras de ocupación,  
relaciones con la retaguardia\*

David Alegre Lorenz  
*Universitat de Girona*

Miguel Alonso Ibarra  
*Universitat Autònoma de Barcelona*

Las fuerzas del orden no mantienen el orden, lo establecen;  
lo crean porque no hay nada más ordenado que la guerra.  
Alexis Jenni, *L'art français de la guerre* (2011)

Los estudios de género han ocupado un lugar central en los debates historiográficos de las tres últimas décadas, aunque sin duda alguna podemos remontarnos hasta el umbral marcado por las germinales y ambiciosas propuestas de los años setenta, todas ellas hijas de aquel trepidante final de la década anterior.<sup>1</sup> Se trata de un campo de investigación que no solo se ha revelado notablemente prolífico y enriquecedor, sino que además ha tenido un papel dinamizador clave a la hora de promover una comprensión más rica y compleja del pasado. Es más, y conviene señalarlo en el siempre difícil diálogo entre la sociedad y las ciencias humanas y sociales: como tal los estudios de

\* La realización de este dossier se enmarca en el proyecto de I+D+i del Ministerio de Ciencia, Innovación y Universidades «Posguerras civiles: violencia y (re)construcción nacional en España y Europa, 1939-1949» (PGC2018-097724-BI00).

<sup>1</sup> Un estado de la cuestión y algunos apuntes muy interesantes los encontramos en Miriam Cooke, «War, Gender, and Military Studies», *Gender and Social Policy: Local to Global*, 13/3 (2001), pp. 181-188, donde abordaba aportaciones recientes en aquel momento del cambio de siglo y en perspectiva con los avances que se habían experimentado desde los años ochenta.

género han constituido una vía clave para la entrada de las mujeres en la academia y la universidad, a la par que han introducido y han contribuido a visibilizar temas de primera importancia en las agendas políticas y sociales relacionados con los problemas de género. Si vamos más al ámbito de lo concreto, los estudios de género nos han permitido comprender la importancia de los cambiantes modelos normativos de masculinidad y feminidad, y ver hasta qué punto constituyen instrumentos de poder y control social promovidos y reforzados por las élites político-económicas y culturales de cada momento. Este ámbito de trabajo nos ha puesto ante la existencia de modelos alternativos de masculinidad y feminidad, muy asociados a las diferentes formas de concebir cuestiones básicas como el orden social, la familia, la sexualidad, el poder, las relaciones comunitarias o la misma cosmovisión de la realidad de clases sociales y comunidades humanas diversas. En no pocas ocasiones, tal ha llegado a ser la importancia de los conflictos entre los diversos modelos normativos y alternativos que estos últimos han sido combatidos o integrados en los primeros, ya fuera por su propio potencial subversivo o por su capacidad para contestar la hegemonía de los poderes dominantes.

Lo señalaba de forma muy acertada David van Reybrouck con un caso que merece la pena traer a colación por lo ilustrativo: las violaciones sufridas por las mujeres blancas de origen europeo residentes en el antiguo Congo belga durante los primeros tiempos de la descolonización, muchas de las cuales eran esposas o hijas de los encargados de mantener en pie la maquinaria colonial como funcionarios, soldados o empresarios. En esencia, más allá de las siempre diversas y complejas motivaciones, la violencia sexual era una forma de retribución por los años de humillaciones y segregación, pero en no menor medida constituía un ejercicio de poder, tan cruel como aquel del que habían sido víctimas los ahora perpetradores. «La mujer blanca», dice Van Reybrouck, «era inalcanzable y por ello despertaba tanta curiosidad», de tal manera que violarlas «constituía una manera brutal de apropiarse del elemento inalcanzable de la sociedad colonial y al mismo tiempo de humillar profundamente a quien antes ostentaba el poder».<sup>2</sup> Por supuesto, más allá de su condición de víctimas propiciatorias, algo por desgracia habitual, estas mujeres no habían sido meros sujetos pasivos en todo el proceso, sino que también habían sido beneficiarias y promotoras de los sistemas de explotación colonial que sometían a los autóctonos al paternalismo cristiano de la sociedad colonial, cuando no a la vejación y al maltrato sistemáticos, en este caso de los llamados *boys* o *chicos para todo* que trabajaban al servicio de los blancos europeos. Conviene no olvidarlo, porque la condición de víctima y victimario debe ser

<sup>2</sup> David Van Reybrouck, *Congo. Una historia épica*, Madrid, Taurus, 2019, p. 319.

siempre contextualizada, sometida al tamiz de las complejas interacciones sociales y la superposición de experiencias y codificaciones.<sup>3</sup>

Los estudios de la guerra no han sido indiferentes a estos estímulos renovadores, hasta el punto de que su aparición a finales de los 70 y primeros de los 80 está ligada de forma muy íntima a los propios estudios de género.<sup>4</sup> Desde luego no es algo extraño, más aún si consideramos la importancia que han tenido los ejércitos y los conflictos armados como marcos de encuentro y desencuentro, homogeneización y, sobre todo, transformación. Al fin y al cabo, las diversas concepciones de la masculinidad han sido fundamentales a lo largo de la historia para la constitución y el funcionamiento de las organizaciones militares, concebidas como paradigmas, garantes y creadoras del orden. Esto quedó destacado de forma magistral en la cita y obra de Alexis Jenni que encabeza esta presentación. Son escasos los momentos en que no se da un tipo de simbiosis íntima y definitoria entre el papel que ocupa lo castrense, el servicio militar o la muerte en guerra y las formas de pertenencia y lealtad a la comunidad o las motivaciones para la aceptación del poder y la jerarquización social. En este caso hablamos de vasos comunicantes entre todas las problemáticas o realidades que mencionábamos, lo cual queda bien evidenciado en las contribuciones que dan forma y contenido a este dossier. De hecho, en todas y cada una de ellas queda patente que los factores sociales, culturales, políticos o económicos se condicionan constantemente entre sí, que cambian por el influjo de unos sobre otros, y por ello mismo se confunden unos con otros sin que tenga que existir siempre la primacía de uno sobre el resto. Por supuesto, cuando hablamos del género y sus manifestaciones en el pasado no siempre hablamos de un objeto de estudio fácil de seguir e interpretar; a menudo se trata de una realidad esquiva, de ahí que por desgracia no pocos investigadores aún sean reticentes a integrar estas inquietudes historiográficas en sus análisis, porque a menudo nos vemos obligados a apoyarnos en la intuición para rastrearlas, pero hablamos de cosas bien reales, están ahí y dan forma a los pasados que estudiamos y a los presentes que vivimos, de modo que va en detrimento nuestro eludirlas bajo uno u otro pretexto.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> En una dimensión similar, si bien más extrema, encontramos a las mujeres que participaron en las empresas de germanización y forja del imperio colonial que el Tercer Reich intentó construir en la Europa centro-oriental eslava. Véase Elizabeth Harvey, *Women and the Nazi East: Agents and Witnesses of Germanization*, New Haven, Yale University Press, 2003. Véase igualmente Wendy Lower, *Hitler's Furies. German Women in the Nazi Killing Fields*, Nueva York, Houghton Mifflin Harcourt, 2013

<sup>4</sup> David Alegre Lorenz, «Nuevos y viejos campos para el estudio de la guerra a lo largo del siglo XX: un motor de innovación historiográfica», *Hispania nova. Revista de Historia Contemporánea*, 16 (2018), pp. 164-196.

<sup>5</sup> Recientemente Jennifer Evans ha escrito un artículo denunciando el descrédito al que están siendo sometidos los estudios de género tanto desde la academia como desde de-

Con algunas excepciones, la relación clave entre los estudios de guerra y de género no ha tenido un papel muy importante en la historiografía española, un déficit que poco a poco comienza a ser subsanado. Los conflictos armados han constituido desde siempre acontecimientos clave en el establecimiento, el reforzamiento o el cuestionamiento de los roles de género y, por tanto, en las formas de relacionarse en comunidad, de entender el mundo o de concebir y ejercer el poder. Conscientes de la necesidad de plantear iniciativas específicas que llamen la atención sobre ciertas cuestiones, nos hemos propuesto reivindicar las posibilidades de este campo de análisis con este dossier que agrupa a varios expertos y expertas radicados en lugares tan distantes como los Estados Unidos, el Mediterráneo, Escandinavia o África Central. En este sentido, ha sido nuestro deseo explorar diferentes formas de entender la masculinidad y la feminidad a través del servicio militar o de la guerra, y para ello hemos agrupado casos de estudio tan diversos como lo son los colaboradores y colaboradoras que han dado forma a este número.

El primer artículo tiene por autor a Martín Alvira, de la Universidad Complutense de Madrid, y aborda a muy diversos niveles la implicación de las mujeres en los aspectos político-militares de la Cruzada Albigense (1209-1229), un conflicto con un importante componente religioso que enfrentó a las monarquías capeta y aragonesa y sus respectivos vasallos por el dominio del sur de Francia. El trabajo de Alvira pone de manifiesto muchas y muy variadas cuestiones. La primera de ellas, no por más obvia menos destacable, dado lo mucho que a veces perdemos la perspectiva, es que no hay que esperar a la era de la guerra total en la contemporaneidad para ver un papel activo y central de las mujeres en los conflictos armados. Ya fuese en labores de asistencia o incluso envueltas en los propios combates, las más de las veces en el marco de asedios a castillos y ciudades, la guerra en el sur de Francia incrementó la capacidad de agencia de las mujeres, que pudieron salir de los ámbitos tradicionales definidos por la jerarquía social imperante. Sin ir más lejos, la propia ausencia de los maridos, de los padres o de los hijos, movilizados para la guerra, era lo que ampliaba su rol dentro de la comunidad, en una suerte de trasvase de la autoridad que ostentaban sus familiares varones. No obstante, ese marco de excepción generado por el conflicto armado no se extendió más allá del fin de las hostilidades, habiendo las mujeres de volver a ocupar los lugares marcados por el tradicional orden social de género. En este sentido, si

---

terminados sectores de la política y la opinión pública, las razones e intereses para ello y los problemas que se derivan y que pueden llegar a comportar. Véase su artículo «The New War on Gender Studies», *Geschichte der Gegenwart*, 6 de marzo de 2019, disponible *online* en <<https://geschichtedergegenwart.ch/the-new-war-on-gender-studies/>> [consultado por última vez el 13 de junio de 2019].

bien la experiencia de esa agencia tuvo un impacto significativo en la memoria vivencial construida por las propias mujeres, no fue así en la narrativa oficial del conflicto, donde su participación fue minimizada y resignificada en clave netamente masculina, ya que lo femenino constituía lo opuesto a la virilidad asociada con lo bélico.<sup>6</sup> Como decíamos, la presencia de mujeres en cronologías tan tempranas permite matizar los límites del concepto de guerra total, sobre todo porque todo parece indicar que a nivel cualitativo las lógicas y dinámicas que caracterizan los enfrentamientos armados se mantienen muy estables a lo largo del tiempo, variando si acaso a nivel cuantitativo.<sup>7</sup>

Dentro de la dimensión religiosa de la guerra, por mucho que podamos atribuir a esta la condición de fachada o pretexto, Alvira nos permite observar hasta qué punto el género femenino, en tanto que constructo sociocultural de largo alcance dentro de las culturas judeocristianas, aparece como depositario y promotor de la inmoralidad por ser objeto de deseo y tentación para el hombre, desviando su atención de una forma de actuar recta y pura y, por tanto, haciendo a las mujeres devenir botín y objeto legítimo de castigo. Como decíamos, este tipo de constructos ideológicos, donde la mujer es presentada como agente subversivo por medio de la sexualidad y la feminidad es constante a lo largo de la historia y sirve como elemento legitimador de la violencia y la guerra.<sup>8</sup> Hablamos de pureza frente a contaminación y falta de autocontrol o disciplina, cuestiones todas ellas importantes

<sup>6</sup> Este mismo esquema de participación y posterior olvido por parte de las narrativas posbélicas se fue repitiendo de forma recurrente a lo largo tanto de la Edad Moderna como de la Contemporánea. Dos ejemplos en Brian Sandberg, «“Generous Amazons Came to the Breach”: Besieged Women, Agency and Subjectivity during the French Wars of Religion», *Gender & History*, 16/3 (2004), pp. 654-688; y Karen Hagemann, «Reconstructing “Front” and “Home”: Gendered Experiences and Memories of the German Wars against Napoleon –A Case Study», *War in History*, 16/1 (2009), pp. 25-50.

<sup>7</sup> Véanse Eric Popowicz, «La guerra total en la Grecia clásica (431-338)», *Polis. Revista de ideas y formas políticas de la Antigüedad Clásica*, 7 (1995), pp. 219-245. Peter H. Wilson, «Was the Thirty Years War a “Total War”?», en Erica Charters, Eve Rosenhaft y Hannah Smith (eds.), *Civilians and War in Europe, 1618-1815*, Liverpool, Liverpool University Press, 2012, pp. 21-36. David A. Bell, *The First Total War. Napoleon’s Europe and the Birth of Warfare as We Know It*, New York, Houghton Mifflin, 2007. Mark E. Neely, «Was the Civil War a Total War?», *Civil War History*, 50/4 (2004), pp. 434-458 y Stig Förster y Jorg Nagler (eds.), *On the Road to Total War: The American Civil War and the German Wars of Unification, 1861-1871*, Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

<sup>8</sup> Por ejemplo, los estallidos revolucionarios del lapso temporal comprendido entre la Revolución francesa y la rusa tuvieron en lo femenino un campo de identificación con lo subversivo, y por tanto de demonización de la figura de la mujer. De un modo similar a como lo plantea Alvira en su artículo, el señalamiento de lo femenino tenía una doble dimensión conceptual y real, a través de la participación de mujeres en los episodios violentos, lo cual construyó un marco para la proliferación de violencias con un evidente componente de género. Véanse, entre otros, Gay L. Gullickson, «La Pétroleuse: Representing Revolution», *Feminist Studies*, 17/2 (1991), pp. 240-265. O Eliza Johnson, «The “revolutionary girl with the titus-head”: Women’s participation in the 1919 revolutions

y una constante de los relatos de la alteridad legitimadores de la violencia y la guerra. Sin embargo, por paradójico que pueda resultar, dentro de la construcción de la mujer como «víctima» por antonomasia y «sexo débil», la violencia contra las féminas también ha servido y sirve para subrayar la ausencia de límites y el carácter despiadado de los perpetradores o agresores dentro de la lucha por la legitimidad que se da en cualquier guerra. El artículo de Alvira nos pone ante esta problemática tan interesante, que no es otra que la de las concepciones civilizadas de los conflictos armados, que siempre han existido y a la par nunca se han dejado de vulnerar y sobrepasar, ya sea por una realidad bélica que casi siempre cobra vida sobre el terreno o por los diversos intereses en pugna. Más allá de eso, valdría la pena pensar en las variadas motivaciones que operan a la hora de promover la comisión de abusos masivos contra la mujer, sin duda impulsados por los estereotipos, pero quizás también por la idea de que todo lo que está en el territorio en disputa y a batir es enemigo, incluyendo la misma naturaleza.<sup>9</sup>

En una lógica muy similar, el trabajo de Porfirio Sanz y Enrique Solano, centrado en la Guerra de Secesión catalana (1640-1652), aborda los gravísimos conflictos acaecidos entre civiles y combatientes durante la ocupación de Aragón por parte del ejército real por un lado y de las tropas franco-catalanas por el otro, con agresiones de toda naturaleza contra los primeros por las condiciones en que vivían las tropas y el precario sistema de abastecimiento e intendencia sobre el que se sostenía el esfuerzo de guerra, entre otras cosas. No tan centrado en las problemáticas de género, el artículo de Sanz y Solano sigue ahondando en una cuestión que atraviesa todo el dossier: los civiles, lejos de ser meros sujetos pasivos o víctimas sin más, manifestaron una importante capacidad de organización y respuesta, pudiendo pasar a actuar como verdugos. Tanto en el Barbastro como en la Zaragoza de la época vemos formas de resistencia frente a la coerción armada de los combatientes movilizados que pasaban por las villas y ciudades del reino camino del frente. Al fin y al cabo, las exigencias del esfuerzo

---

in Budapest and Munich in the eyes of their contemporaries», *Nationalities Papers: The Journal of Nationalism and Ethnicity*, 28/3 (2000), pp. 541-550.

<sup>9</sup> Se trata de una reflexión que viene a colación de la lectura de Jonathan E. Gumz, «Wehrmacht Perceptions of Mass Violence in Croatia, 1941-1942», *The Historical Journal*, 44/4 (2001), pp. 1015-1038. Gumz nos permite intuir que el miedo de los ocupantes alemanes ante un entorno desconocido y un fenómeno muy difícil de combatir, como sería la insurgencia popular organizada por los comunistas en la Yugoslavia ocupada, llevaría a un despliegue ilimitado de violencia en forma de potencia de fuego y abusos contra la población civil. Esto, coadyuvado por los estereotipos supraindividuales, tendría mucho que ver con la impotencia y la incapacidad de los ocupantes para distinguir en un entorno de violencia generalizada quiénes serían enemigos y quiénes serían sencillamente civiles cogidos en medio del fuego cruzado.

de guerra en una tierra de frontera siempre suelen ser causa de resistencias activas y pasivas, contribuyendo a lo que la población percibe como un abuso constante contra el derecho consuetudinario y dando lugar a complejos procesos de negociación entre las autoridades centrales y regionales-locales para hacer viables los conflictos.<sup>10</sup>

Finalmente, en la misma línea que otras contribuciones, la de Sanz y Solano pone de manifiesto algo fundamental: los intentos inútiles por regular la guerra, en este caso desde las Cortes y la Corona, y los fracasos constantes para gestionarla de manera más efectiva, lo cual revela a su vez el poder limitado de los estados en múltiples aspectos relacionados con los conflictos armados. Así pues, esta evidencia nos aleja de una visión estereotipada, muy extendida aún hoy, según la cual la guerra en su concepción y evolución sería el resultado de planes maestros perfectamente concebidos y desplegados por unas autoridades omnipotentes, omniscientes y omnipresentes. A modo de provocación, y sin que sirva para eximir a los poderes de su evidente responsabilidad por los conflictos armados, esto debe ponernos siempre ante la evidencia de que las guerras cobran forma en base a los intereses y actuaciones de múltiples agentes. En definitiva, lo que vemos es que, en caso de que existan, los sujetos pasivos son la excepción en los conflictos armados, por pura lógica si se quiere. Por eso mismo la Guerra de Cataluña es un escenario tan interesante, porque dio lugar a sendos regímenes de ocupación que provocaron una gravísima disrupción de la vida comunitaria aragonesa, caracterizados por el saqueo constante y sistemático al que fueron sometidos los paisanos a manos de las tropas.

Precisamente, la población civil ocupa un lugar central en la articulación del trabajo de Mats Hallenberg acerca de la construcción de la masculinidad militar en la Suecia del siglo XVI. La progresiva modernización del Estado y la adquisición de mayores derechos sociales por parte de nuevos grupos y actores, unida a la expansión militar llevada a cabo por la dinastía de los Vasa, comportó una masificación de los ejércitos suecos, nutridos a partir de sectores fundamentalmente campesinos que encontraron en la carrera militar una vía de cierta promoción social. La incorporación de estos individuos conllevó un proceso de transformación del modelo de masculinidad militar, que inevitablemente se hubo de socializar de cara a incorporar a parte de las clases populares y a obtener de ellas un doble objetivo: por un lado, un rendimiento militar eficiente y, por otro, la asunción de toda una serie de valores nacionales y sociales que debían conformar una iden-

<sup>10</sup> Para el caso de la Gran Guerra, véase Pierre Purseigle, *Mobilisation, Sacrifice et Citoyenneté. Des communautés locales face à la guerre moderne. Angleterre-France, 1900-1918*, París, Les Belles Lettres, 2013.

tividad leal hacia la Corona y el Estado suecos. En buena medida, esto remite a la idea de la guerra como un escenario de socialización ideológica ideal, pues las particulares condiciones en las que se articulan las movilizaciones bélicas, la capacidad de control directo de la que disponen los ejércitos de los diferentes poderes estatales y paraestatales, y la posibilidad de explotación de los vínculos construidos entre los combatientes favorecen ese tipo de construcciones identitarias.

No obstante, la pretensión de las entidades y actores que ostentan el poder de erigir un modelo identitario –de masculinidad y pertenencia comunitaria en este caso– homogéneo y uniforme choca habitualmente con el modo en que los diferentes sujetos y grupos sociales consumen, adaptan y transforman dicho modelo, ya sea aceptándolo parcialmente e incluso rechazándolo. Es decir, dicho modelo identitario puede llegar a contrastar con cómo aquellos y aquellas a los que va dirigido codifican la realidad, así como también con el lugar donde se sitúan sus particulares intereses. En el caso de la masculinidad construida en el marco de la expansión del periodo Vasa, el modelo normativo se asemejaba al ideal bélico, epitomizado en las hazañas del rey Erik XIV que servían como elemento de legitimación de su reinado. Sin embargo, los combatientes de a pie construían modelos mucho menos dogmáticos, en los que debía existir un constante equilibrio entre su propia función bélica al servicio del Estado y su rol como cabezas de familia. Un conflicto que de hecho conecta con el trabajo que ya mencionábamos de Sanz y Solano, en el que la imposibilidad de los individuos de proteger a sus familias, ya fuese por estar lejos de sus hogares en el marco de un conflicto bélico o por la impunidad con la que operaban las fuerzas ocupantes, constituía una enmienda a su carácter como hombres.

Por su parte, el texto de Pinheiro ahonda igualmente en la disonancia existente entre los modelos de masculinidad que los poderes imperantes buscan imponer y emplear en su propio beneficio y las diferentes formas que estos adoptan en el plano de lo cotidiano, en respuesta a los propios intereses de los individuos. En su caso, el objeto de estudio que canaliza esta cuestión es la población afroamericana durante Guerra Civil estadounidense (1861-1865), y cómo fue instrumentalizada por parte de los reclutadores de la Unión. Estos planteaban el servicio militar y el patriotismo mediante el alistamiento voluntario en el ejército como formas a través de las cuales la población negra podía demostrar su valía, esto es, su hombría, recurso que, dicho sea de paso, ya habían empleado en conflictos precedentes como la lucha por la independencia de las Trece Colonias. Por su parte, esa masculinidad tenía muchas más dimensiones para los propios afroamericanos, como por ejemplo la posibilidad de proporcionar una educación a sus hijos,



proteger a los seres queridos del racismo dominante en la sociedad de la época o garantizar su manutención –el cuidado de la familia, que ya veíamos muy presente en el texto de Hallenberg–. En este sentido, lo que nos muestra Pinheiro es la guerra como un marco propiciatorio de transformación, social en este caso. Durante muchas fases de la historia, el servicio militar fue una de las pocas vías de obtención de reputación y ascendiente dentro de las comunidades para individuos que por su condición social estaban destinados a tener una posición netamente subordinada. En el caso de la población afroamericana, la lucha por los derechos civiles estuvo ligada a la participación en las diferentes guerras de Estados Unidos, en una suerte de proceso cíclico que en buena medida se parece al que mencionábamos antes respecto a las mujeres, tal y como se observa en el texto de Alvira, lo cual nos remite a las similares experiencias de los grupos subalternos y las minorías, salvando las distancias evidentes entre unos y otros.<sup>11</sup> Por mucho que en cierta medida las narrativas construidas en tiempo de guerra reconociesen la contribución de los afroamericanos, la posguerra volvía a situarlos en la misma posición subordinada en la que se encontraban antes, algo que de hecho les hacía desconfiar de la propaganda de los reclutadores, tal y como plantea el propio Pinheiro.

La centralidad de la población negra estadounidense en este estudio, en tanto que sujeto principal, subraya una carencia fundamental de la historiografía actual: la necesidad de ampliar los márgenes de la historia. Si bien es cierto que estos se han ido ensanchando paulatinamente, como ya planteábamos al inicio de esta introducción, con la irrupción de los estudios de género, quedan aún numerosas realidades que no han sido incorporadas al discurso histórico. Las minorías étnicas, las religiosas, las raciales, los individuos procedentes de ámbitos marginales de la sociedad o los colectivos de migrantes suelen ser sujetos cuyas cotidianidades quedan fuera de los relatos históricos. En qué medida el Estado es capaz de atender a sus propias necesidades, cómo los instrumentaliza, cómo intenta incorporarlos y convertirlos en parte de lo normativo, cómo los excluye y por qué y cómo perciben, codifican y viven todos esos procesos los sujetos a los que hacíamos referencia resultan cuestiones esenciales. Sin ir más lejos, las guerras son escenarios en los que este tipo de sujetos son objetivo preferencial de las políticas de ocupación y violencia, todavía más si cabe en el marco de la guerra total, donde el genocidio y la muerte de masas fueron elementos de primer orden por distintas razones que no podemos desmenuzar aquí. Por ello, su estudio e incorporación resultan crucia-

<sup>11</sup> Geoffrey W. Jensen (ed.), *The Routledge Handbook of the History of Race and the American Military*, Nueva York, Routledge, 2016.

les para aprehender de una forma más directa un fenómeno ya de por sí tan complejo como los conflictos armados.

En última instancia, el trabajo de Denov, Van Vliet, Lakor y Janet aborda otro de esos retos historiográficos pendientes, al menos desde una perspectiva occidental: la necesidad de superar el eurocentrismo imperante, que es capaz de elaborar teorías e interpretaciones generales sin tener en consideración contextos más allá de lo europeo y lo norteamericano. En este caso, el estudio se adentra en el largo conflicto llevado a cabo por el Ejército de Resistencia del Señor (LRA en sus siglas en inglés) contra el gobierno ugandés, que posteriormente ha derivado, como otros conflictos africanos, en una lucha por cuotas de poder en diferentes entornos regionales, generalmente en el marco de la explotación económica a la que se ha sometido al continente.<sup>12</sup> Los más de 30 años que lleva operando el LRA se han sustentado, en buena medida, en el secuestro de niños para ser integrados en las filas de la milicia, los cuales constituyen el objeto de estudio principal del texto. Estos viven una transformación muy compleja y radical en los años que pasan integrados en el grupo, pasando de ser muchachos secuestrados a comandantes militares que son forzados a contraer matrimonio con mujeres que también han sido raptadas y separadas de sus familias. De este modo, lo que la guerrilla pretende es generar mecanismos de contención de la violencia sexual –lo cual, implícitamente, subraya que su empleo como arma de guerra sigue estando plenamente vigente hoy en día– e instrumentalizar los vínculos familiares y paternales para mantener su lealtad al proyecto y la propia cohesión interna de este. Se trata de vínculos que, como ya hemos visto en otros casos de este dossier, son esenciales para entender el modo en que se construye la idea de la masculinidad.

Al mismo tiempo, el caso presentado por Denov, Van Vliet, Lakor y Janet nos sitúa ante la enorme complejidad de los fenómenos bélicos, y ante la dificultad que presentan los intentos de clasificación y categorización. Los niños secuestrados por el LRA son víctimas de las políticas de la guerrilla, pero posteriormente se convertirán en victimarios, ya que participan en combates, masacres y son conniventes, ya sea como mero mecanismo de supervivencia o de forma activa, con el secuestro de mujeres para garantizar, mediante el nacimiento de nuevos niños, la supervivencia del grupo. En este sentido, la confluencia en un mismo individuo de la condición de víctima y victimario nos habla de las múltiples realidades convergentes en los escenarios bélicos, donde generalmente suelen darse intereses superpuestos que no

<sup>12</sup> Para estas cuestiones, véase Javier Rodrigo y David Alegre, *Comunidades rotas: Una historia global de las guerras civiles*, Barcelona, Galaxia Gutenberg, 2019, pp. 403-440 y 608-626.

siempre son opuestos, sino que pueden ser complementarios o plenamente coincidentes. Además, esto nos permite conectar con esa idea del intento de regulación de la guerra que se vislumbra en el texto de Sanz y Solano, concretamente con el modo en que la guerra es tratada a nivel jurídico en escenarios como la Corte Penal Internacional de La Haya. Tal y como reflexionan los autores y las autoras del texto, la necesaria categorización de los tipos penales quizá resulte un mecanismo insuficiente para dar cuenta de una realidad tan enrevesada como la de una persona que es, al mismo tiempo, víctima de un grupo en el que luego se ha convertido en victimario.

Así pues, una vez más proponemos un enfoque interépocas que busca la larga duración, desde la Edad Media hasta la actualidad, un tipo de ejercicio en el que no somos recién llegados.<sup>13</sup> Como ya hemos apuntado más arriba, si algo constatamos de forma evidente es que el ser humano y las comunidades de las que forma parte no han cambiado tanto a lo largo de los siglos, ni en la forma en que se originan y evolucionan, ni tampoco en el modo en que se destruyen y transforman. Nos parece importante subrayar esto en tanto que contemporaneístas, como expresión de humildad, para esquivar esa peligrosa tendencia al adanismo; pero también para reivindicar la necesidad de mantener abiertos puentes de diálogo y debate con otras tradiciones historiográficas, con colegas dedicados a otros ámbitos temporales y disciplinas, algo que sin duda nos enriquece, que da mayor profundidad y riqueza a nuestros enfoques. De igual modo, la incorporación de casos de estudio ajenos a la perspectiva eurocéntrica que tradicionalmente ha dominado el debate historiográfico permite repensar la propia limitación de las teorizaciones e interpretaciones construidas únicamente sobre el marco occidental. En buena medida, resulta un atrevimiento y una demostración de estrechez de miras el intentar construir categorías de análisis, paradigmas y conceptos sobre una cuestión transversal a la historia de la Humanidad como es la guerra dejando a dos tercios de la población mundial fuera del foco de estudio. Como se ejemplifica en el artículo de Denov, Van Vliet, Lakor y Janet, la tremenda complejidad del hecho bélico en marcos culturales ajenos al occidental permite aportar una riqueza muy significativa al modo en que se entienden los conflictos armados, sobre todo a la hora de elaborar interpretaciones genéricas. De este modo, si bien nuestra incursión ha sido tímida, es un compromiso futuro el establecer mecanismos de diálogo con latitudes geográficas, culturales y vitales radicalmente distintas a la nuestra. Al final la filosofía nos devuelve al camino, porque las preguntas siguen siendo las mismas que hace miles de años, cómo y por qué, de manera

<sup>13</sup> Véase Miguel Alonso Ibarra y David Alegre Lorenz (coords.), «Mercenarios, conscriptos, voluntarios y ciudadanos-soldado», *Millars. Espai i Història*, 43 (2017).

que a lo sumo varía la forma y el fondo de las respuestas, aunque estas nunca serán satisfactorias. Y, al mismo tiempo, son también las mismas, en lo esencial, en los diferentes puntos del planeta. Pero está bien que así sea, porque eso es garantía de continuidad para el oficio, para las humanidades, para la cultura y el conocimiento; lo importante, en definitiva, es que el ciclo de preguntas y respuestas no cese nunca, y esa debe ser la humilde tarea a la que contribuyamos a nuestro paso por el oficio.

Como se verá, en el despliegue de este dossier hemos trazado una serie de temas que consideramos fundamentales para el estudio y la comprensión de la íntima relación entre género y guerra. Por un lado, como ya hemos dicho, los modelos de masculinidad hegemónicos suelen estar encaminados al reforzamiento de un orden social y unas relaciones de poder dadas, que a nuestro entender son promovidas de forma activa en el seno de los ejércitos creados para la guerra con unos u otros intereses. Queremos ver por qué medios ocurre esto. Por eso mismo, un buen marco de partida para plantear futuras investigaciones pueden ser las formas de legitimar los conflictos armados. No por nada, las concepciones de la masculinidad imperantes en cada sociedad y la apelación a estas suelen tener un rol esencial en la movilización de las comunidades afectadas, como apunta Mats Hallenberg en su artículo. En este sentido, creemos que otro posible horizonte donde enmarcar nuestros análisis son las diferentes concepciones del servicio de armas dentro de una misma comunidad humana, muy determinadas por el periodo o el lugar objeto de estudio, tal y como se refleja en el texto de Pinheiro. Por eso, aquí también juega un rol esencial el tipo de enemigo enfrentado, la construcción cultural que se hace de este y los objetivos perseguidos en la guerra. Así pues, nuestra propuesta de trabajo ha pasado por descender sobre el terreno y explorar la experiencia de guerra de combatientes y civiles, tal y como viene siendo habitual en los estudios de la guerra, un objetivo que los diferentes contribuyentes de este dossier han alcanzado de forma sobresaliente, cada uno a su modo y dentro de intereses y puntos de partida que son naturalmente diferentes, pero no por ello menos complementarios.

El arquetipo dominante del *ser hombre* siempre es articulado y promovido a través de un *ethos* del combatiente con códigos de conducta, lealtad y camaradería más o menos estrictos e inculcados a través de la formación, la vida en comunidad y los códigos culturales preexistentes, algo que cambia en función del lugar y el momento. Las propias particularidades y dinámicas creadas por cada conflicto armado son claves para entender la conformación y la manera de operar de dicho *ethos*, que suele ser un pilar central de cualquier esfuerzo bélico. Por eso hemos querido estudiar las políticas de ocupación en territo-

rio enemigo, por ejemplo a través del análisis de las diferentes formas en que los soldados entienden y ejercen sus supuestos derechos de conquista. En este sentido, nos parecía fundamental abordar las formas específicas de ejercer la violencia contra la mujer en contextos de ocupación y guerra, las motivaciones detrás de ellas y las formas de legitimarlas o castigarlas, en caso de que existan, así como las razones para ello.

Esto nos sitúa ante una de las formas de violencia en guerra por excelencia: la violación, estudiada en ciertos contextos modernos como arma clave en los intentos por desarticular y romper la continuidad de determinadas comunidades humanas. Al fin y al cabo, en muchos casos la violación constituye un ataque contra la idea de virilidad, por revelar la supuesta incapacidad de los hombres para proteger a sus mujeres en sociedades patriarcales, pero también contra la pureza comunitaria, al ser la mujer identificada como encarnadora de esta.<sup>14</sup> Lo comentábamos más arriba hablando del caso del Congo belga en los primeros pasos de la descolonización. Por eso muchas de las contribuciones que componen este dossier han hecho especial hincapié en esta dimensión central de casi cualquier conflicto, ahondando en las formas de gestionar el problema de las víctimas de violación y los vástagos nacidos fruto de estas uniones. También por lo que respecta a los perpetradores y la importancia que tiene para ellos. En muchos casos, se trata de una forma de violencia perpetrada en grupo, y que por eso mismo contribuye a reforzar los propios roles de género, los códigos de conducta, la virilidad del propio combatiente ante sus compañeros, pero también la cohesión y los pactos tácitos que suelen unir a los hombres de armas. Aun con todo, esta problemática puede llegar a ser mucho más compleja y enrevesada de lo que aparenta, tal y como se revela en el estudio de caso de Denov, Van Vliet, Lakor y Janet sobre el Ejército de Resistencia del Señor en Uganda, que nos permite pensar esta cuestión desde una perspectiva poco acostumbrada.

Muy unido al papel de la mujer en la guerra como víctima, pero también como sujeto activo, hemos buscado explorar las diversas relaciones establecidas por los combatientes y las mujeres que se encuentran en el entorno o que acompañan a estos al teatro de operaciones. Tanto el último artículo mencionado como el firmado por Alvira son trabajos muy reveladores en este sentido. Y aquí hablamos desde las mujeres pertenecientes a la población civil autóctona,

---

<sup>14</sup> Un ejemplo para un conflicto bastante reciente, en Christina M. Morus, «War Rape and the Global Condition of Womanhood: Learning from the Bosnian War», en Carol Ritter y John K. Roth (eds.), *Rape. Weapon of War and Genocide*, St. Paul, Paragon House, 2012, p. 55.

ya sea en territorios aliados, ocupados o «propios», muchas veces empujadas a buscar formas de protección y supervivencia para sí mismas y sus familias. Pero también pensamos en los grupos más o menos organizados de féminas que cumplirían funciones auxiliares en labores de enfermería, cocina, remiendo y lavado de ropas, etc. En este punto, resultan de particular interés los posibles conflictos por la gestión de los recursos alimentarios y la vivienda, dado el lugar central de los saqueos y las exacciones forzosas, pero también la convivencia cotidiana con la tropa bajo el mismo techo. Merecerá la pena seguir indagando en el modo en que la experiencia de guerra de los combatientes se ve condicionada por el hecho de que su contacto con realidades socioculturales distantes suela tener lugar a través de las mujeres. Esto nos remite también a la importancia de la prostitución voluntaria y forzosa en los contextos bélicos, muchas veces estimulada por la inestabilidad y la destrucción de los equilibrios socioeconómicos y culturales que traen consigo los propios conflictos, pero también por las oportunidades derivadas de la presencia de los combatientes. A partir de aquí podremos explorar sus razones; su legitimidad y su encaje cultural; su organización y las formas bajo las que tendría lugar, las costumbres sexuales y la posible transgresión de estas; los conflictos comunitarios e interfamiliares que generaría; la imagen que estas mujeres tendrían de sí mismas y su propia contribución al esfuerzo de guerra como informadoras reales y potenciales; y, en definitiva, la visión que se tendría de ellas entre sus potenciales clientes.

Como decíamos, el reforzamiento de un determinado *ethos* del combatiente ha ido siempre muy asociado a una cierta idea de la masculinidad, pero también a los propios códigos morales que han regido las comunidades humanas sobre las que se han sustentado los ejércitos. De ahí que uno de nuestros objetivos seguirá siendo dar con las concepciones cambiantes de la cobardía y el miedo en diferentes contextos bélicos a lo largo de la historia, cómo responderían a ellos los propios combatientes y cómo los gestionarían y atacarían tanto ellos como los poderes al mando, ya sea en el campo de batalla o en la reintegración a la vida civil. Sin duda alguna, se trata de dos dimensiones consustanciales a la guerra cuya definición ha sido utilizada para dibujar los modelos de masculinidad normativos y combatir cualquier otro arquetipo alternativo, especialmente aquellos asociados a la homosexualidad. Muy a menudo, esta última forma de masculinidad ha sido asociada a la ineptitud militar y a la cobardía, utilizada como un instrumento disuasorio y homogeneizador sobre la tropa. Esto nos permite explorar los límites de lo normativo, las relaciones de afinidad establecidas entre los hombres dentro de los grupos primarios

y las unidades militares, las formas del homoerotismo a lo largo del tiempo, etc.<sup>15</sup>

Asociados históricamente también a las concepciones del miedo y la cobardía, la desertión y el motín son parte de todo un abanico de formas de negociación, protesta o rechazo individual u organizado frente al servicio de armas, la guerra o las condiciones impuestas por esta sobre los hombres.<sup>16</sup> Por eso es nuestro deseo que la resistencia a la guerra tenga una presencia importante en nuestros futuros trabajos e iniciativas académicas. De hecho, no solo entendemos esa resistencia como un mero rechazo del conflicto armado, sino también como las protestas o formas de acción tendentes a negociar las condiciones bajo las que se combate o se lleva a cabo una movilización, un tema que ha sido objeto de interés en los artículos de Sanz y Solano, por un lado, y Denov, Van Vliet, Lakor y Janet, por otro. Al fin y al cabo, el esfuerzo y los costes asociados a cualquier enfrentamiento armado suelen poner a prueba las costuras de las comunidades afectadas; de ahí que sea importante analizar las diferentes coyunturas y las respuestas cambiantes frente a estos. Ya sea en las sociedades de origen o en los propios campos de batalla, las protestas y acciones sociales contra la guerra no siempre implican un cuestionamiento del sentido del deber y la corresponsabilidad en sociedad, ni tampoco un cuestionamiento de las razones o la necesidad de ir a la guerra. No obstante, sí que resultan decisivos a la hora de crear un *ethos* del combatiente y una concepción de la masculinidad, que suele ser el resultado de las imposiciones, pero también de la interacción entre clases sociales y sujetos diferentes, del sincretismo cultural y, por supuesto, del conflicto. Aquí, como ya se puede intuir, los trabajos de Hallenberg y Pinheiro están destinados a convertirse en referencias ineludibles.

Los supuestos derechos del soldado, nacidos de las renunciaciones y los sacrificios que comporta marchar a la guerra, también tienen su traducción en la vuelta a casa y la reintegración a la vida comunitaria en sus lugares de origen. Esto suele ir muy asociado a la imagen que el combatiente se construye a través de su particular *ethos* de aquellos y aquellas que no van a la guerra, que pueden llegar a ser percibidos

<sup>15</sup> De igual modo, los prisioneros de guerra han sido otro colectivo cuya masculinidad ha sido objeto de cuestionamientos, debido a su condición de cautivos. Véase Brian K. Feltham, *The Stigma of Surrender: German Prisoners, British Captors, and Manhood in the Great War and Beyond*, Chapel Hill, The University of North Carolina Press, 2015.

<sup>16</sup> Un buen ejemplo son los franceses de la Gran Guerra por las condiciones de vida miserables en las trincheras, formas de acción colectiva y protesta puestas en marcha bajo el pretexto de defender los principios republicanos desde la dignidad, sin la cual no se podían entender los valores de libertad, igualdad y fraternidad. Más allá de las convicciones verdaderamente republicanas o no de los amotinados, es evidente que había un claro deseo de apropiación y reivindicación de dichos valores como forma de legitimarse a sí mismos y de presentarse de forma positiva ante el poder.

con desprecio.<sup>17</sup> El modo en que esto afecta a las relaciones comunitarias, familiares, intergeneracionales –por tanto a la educación y la transmisión de la propia experiencia de guerra– y, en definitiva, de género forman parte de los objetos de estudio de este dossier. También ha sido nuestro deseo ver qué tipo de privilegios y culturas reclaman los combatientes, cómo se defienden y qué materialización acaban teniendo en la realidad. En definitiva, hemos intentado conocer cómo se expresan y cómo cambian el orden social y las formas de entender las relaciones entre hombres y mujeres fruto de las guerras. Los propios Hallenberg y Pinheiro proponen bastantes ideas interesantes con respecto a estas problemáticas.

Al igual que ha venido ocurriendo con los estudios de género, cada vez son más las revistas científicas del mundo hispanohablante que se están mostrando interesadas por integrar y dar visibilidad a una historia militar hecha desde perspectivas metodológicas avanzadas. En este sentido, todos los que contribuimos a dar a conocer los estudios de la guerra estamos de enhorabuena, precisamente porque queda bien claro que estamos ante una corriente cada vez más asentada y con mayor presencia en el ámbito historiográfico. Nuevas tesis doctorales, artículos, monografías, trabajos colectivos, números especiales, obras de carácter divulgativo son buena muestra de lo que veníamos diciendo, así como también la propia consolidación de la *Revista Universitaria de Historia Militar* como un espacio académico de referencia desde su fundación en el año 2012. Año tras año no deja de crecer el número de colegas que ven el potencial de los casos de estudio y ámbitos de trabajo donde la guerra es escenario central o tiene una presencia importante, o cuanto menos que integran variables militares en sus trabajos. Las infinitas posibilidades que nos ofrecen a nivel de casos de estudio, por la cantidad de problemáticas y factores que confluyen en ellos, nos hacen augurar una buena salud para los estudios socio-culturales de la guerra, y esto justificará por sí solo una presencia cada vez mayor en la academia.

Pero aún hay un último factor, desde luego no menos importante: en el mundo actual la supervivencia de las humanidades y de nuestro oficio como historiadores pasa por saber hacernos atractivos y necesarios dentro de las sociedades en que vivimos, definidas por criterios como la competitividad, la capacidad de seducción y la lucha por el espacio público. Con esto no pretendemos rendir sin más la producción historiográfica a todo lo que mueve nuestro mundo, sino, más bien al

<sup>17</sup> Véase, por ejemplo, Rudolf Kučera, «Losing Manliness: Bohemian Workers and the Experience of the Home Front», en Joachim Bürgschwentner, Matthias Eggler y Gunda Barth-Scalmani (eds.), *Other Fronts, Other Wars? First World War Studies on the Eve of the Centennial*, Leiden, Brill, 2014, pp. 331-348.



contrario, aprovechar a fondo todas las posibilidades que nos brinda la coyuntura actual para preservar los saberes ancestrales e, incluso, llevarlos aún más lejos. Existen motivos para la preocupación si tenemos en cuenta el cierre de determinados grados, el desmantelamiento de facultades y departamentos, la precarización de la educación superior en el ámbito de las humanidades y su peso cada vez menor en el tramo de primaria y secundaria, pero tampoco hay que ser alarmistas de forma gratuita y autocompasiva, algo de lo que nunca hemos estado exentos como gremio. Paradójicamente, nunca hemos estado mejor, porque jamás la cultura y el conocimiento han estado a menos distancia de tanta gente ni han sido tantos los medios a disposición de las sociedades para promoverlos y cultivarlos. Podremos discutir sobre la calidad y la verificabilidad de los contenidos que se imparten y «consumen», pero tenemos un mundo de infinitas posibilidades ante nosotros. Sin duda alguna, los historiadores tendremos bastante que decir al respecto, y no estaremos exentos de responsabilidad en lo que ocurra con nuestros ámbitos de estudio. Así pues, hablando de aprovechar las oportunidades, los estudios sociales y culturales de la guerra están llamados a tener un lugar importante, por su capacidad para ofrecer trabajos diferentes, provocadores, con capacidad de complejizar, de devolvernos a la realidad del individuo común en situaciones de excepción, y, no menos importante, por su capacidad para atraer a públicos amplios y transversales. Como siempre, esta contribución quiere ser un paso más en ese camino, uno sin fin, pero con múltiples paradas y paisajes irrepetibles.